



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de
la autora; queda hecho el de-
pósito que ordena la ley.

Todos los ejemplares lle-
van su contraseña reservada.

900567
SS
A53

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRÓLOGO

I

Era el domingo de Carnaval de 1837, y hela-
ba en París de una manera que no conocemos
bajo el cielo azul y alegre de nuestra España.

A las nueve de la noche, el pavimento de las
calles parecía cristalizado; el firmamento estaba
resplandeciente de estrellas, que brillaban con
tanta mayor fuerza, cuanto era más grande la he-
lada que caía.

Sin embargo, las carrozas llenas de máscaras,
las comparsas con sus músicas á la cabeza, se cru-
zaban por las calles; todo era bullicio, alegría,
ruido y luz; las fondas de lujo y las que no lo eran,
los grandes hoteles, los figones y hasta las taber-
nas, estaban tan llenos de gente, que la arrojaban
hacia los balcones y ventanas, en los cuales se
veía una multitud de cabezas, ya adornadas con
plumas y flores, ya cubiertas con las capuchas de
los dominós.

Vagaban además por las calles muchas parejas,

ostentando los trajes más extraños, y formando el contraste más ridículo: aquí pasaba una gruesa y rolliza pastora, apoyada en el brazo de un mandarín chino; allá un Pierrot daba el suyo á una dama antigua; algo más lejos caminaban juntos una beata y un turco; y un monstruoso pavo, que tenía cuatro piés, presentaba uno de los delanteros á una maja española, que había creído no poder dispensarse, para representar á nuestra nación con la propiedad debida, de llevar metido en la cintura un enorme cuchillo.

Oíanse, ya lejos, ya cerca, mil canciones diversas; la *marsellesa* alternaba con trozos de ópera y con canciones populares, ó con arietas de salón, escritas para sus discípulas por los maestros más en boga; en fin, había por todas partes, en los paseos, en las calles, en las plazas, un alboroto infernal é insoportable.

Uno de los sitios en que se había reunido mayor aglomeración de gente y de máscaras, era la plaza de la Concordia: ocupaba uno de sus ángulos una brillante y casi colosal carroza de latón dorado, guarnecida de flores y gasas y llena de personajes enmascarados.

Eran cuatro mujeres y cuatro hombres: ellas vestidas pomposa y coquetamente con toneletes

cortos de grana bordados de lentejuelas, corpiños descaradamente escotados y suspendidos de los hombros con tirantes de galón de oro y cascos á lo Minerva, de cartón, forrados de papel de plata.

Los hombres iban vestidos de arlequines, de tela de cuadros azul y blanca, de la más ordinaria; bajo sus gorros puntiagudos llevaban enormes pelucas rojas, ridículamente dispuestas en bucles.

Aquellos hombres no tenían caretas; sólo una capa de blanquete y bermellón muy espesa cubría sus facciones, á la manera de las que usan los payasos de los circos ecuestres.

Pero ¡cosa extraña! sus manos eran finas y nerviosas, y sus maneras, aunque afectadas, no tenían la libertad brutal de las gentes ordinarias; había en ellos, sobre todo en los dos más altos, algo de digno y distinguido que hubiera llamado mucho la atención de cualquier observador inteligente.

Las que gritaban, las que cantaban canciones obscenas, eran ellas: cuatro mozas robustas y fornidas pueden alborotar mucho, y aquéllas se conocía que eran inteligentes en el papel que les habían encomendado.

De vez en cuando, las de los dos extremos

sacaban de un rincón de la carroza un gran jarro de aguardiente y lo aplicaban á los labios, bebiendo con supremo placer durante algunos minutos y pasándolo después á sus compañeras.

Seguían á estas libaciones canciones que entonaban á grito herido, acompañándolas con unos grandes chinescos sujetos á los dos costados del carruaje, y que ellas sacudían con un entusiasmo indescriptible.

II

La carroza, rodeada de gente durante mucho rato, pudo por fin moverse y caminar hacia el centro de la gran plaza.

Entonces se vió que estaba tirada por seis caballos blancos, cada uno de los cuales sustentaba sobre su ancho lomo otro individuo vestido de máscara, aunque con muy pocos primores en su traje.

Reducíanse los seis á dominós de percalina color de rosa con cintas azules y grandes capuchas, y á mascarillas de cartón.

Doce máscaras más, vestidas también con dominós, rodeaban el carruaje montadas á caballo y le alumbraban con hachas de viento.

Estas gritaban y tocaban grandes vocinas alternativamente: respondían á los dicharachos de la multitud, se reían y bebían de algunas botellas que llevaban colgadas al cuello por medio de largos cordones de seda.

Conociáse á primera vista que había gran diferencia entre los cuatro arlequines que ocupaban,

en compañía de las mujeres, el interior del carruaje, y las máscaras que vestían los dominós: aquéllos dejaban escapar á veces—siempre cuando la gritería llegaba á su apogeo—señales de irritación y disgusto: otras veces—y éstas eran las más—parecían buscar algo entre la multitud; algo que indudablemente no hallaban.

Uno de ellos, cuya figura era muy notable por su esbeltez y distinción, aparentaba ser el que se hallaba más cansado, porque después de dos ó tres violentos ademanes de disgusto, dijole á su compañero de la derecha:

—Vámonos.

—¿Qué dices? preguntó éste dando muestras visibles de admiración.

—Digo, repuso el otro, que quiero salir de aquí.

--Pero...

—Vamos, dijo; me canso; ayúdame á sacar la carroza de este atolladero: estoy aturdido, fatigado... esas malditas mujeres me dan un dolor de cabeza insoportable.

—Pero si no has visto todavía á ninguno de ellos...

—Es verdad... y casi sería mejor que no los viésemos... ¡para cometer un crimen, tanto esperar!

—¡Un crimen! exclamó el que persistía en quedarse, soltando una burlona careajada; ¿te habrás vuelto de repente virtuoso? ¿ó es que han brotado algunas canas en tu frente? Si es lo primero, te arrojarémos de nuestra sociedad con escándalo... con ignominia: si lo segundo... te aconsejo que te las tiñas, y paciencia; no han venido por la edad seguramente, porque aun eres muy joven.

—¡Treinta y cuatro años! murmuró el arlequín á quien se motejaba de virtuoso, como hablando consigo mismo: ¡treinta y cuatro años, y hace muchos que el hastío, el desaliento y el odio al género humano se han posesionado de mí!

Su compañero iba sin duda á contestar, pero se abstuvo de hacerlo, porque observó que alguna cosa, que él no podía ver aún, embargaba completamente la atención del quejumbroso.

Sus ojos, abatidos poco antes, brillaron con un resplandor inusitado; su boca se contrajo con una sonrisa amarga; alargó sus manos, delgadas y finas, con un movimiento de crispatura, como si fuese á asir con ansia alguna cosa, y dijo á media voz:

—¡Allí está!

—¿Quién? preguntó el otro arlequín volviéndose; ¿quién está allí?

—¡Él! ¡Su marido!

—¡Ah, ya! ¡El marido de Wilna!... ¿Y qué vas á hacer ahora?

—Irme tras él.

—¿Para darle el golpe de gracia?

—¡Para qué ha de ser, pues, imbécil!

—¡Cuidado! ya sabes que es valiente y osado, y que ahora debe estar enfurecido con tantos y tan duros golpes como la suerte va descargando sobre él.

—Aun le falta el último... el mayor...

—Es decir, el que tú vas á darle.

—Eso es... el que yo voy á darle... Hasta luego; esperadme aquí media hora, que os será fácil, porque á cada instante llega más gente y vosotros no tenéis objeto fijo; si tardase más de ese tiempo, os podéis marchar.

—¡Manuel, dijo el arlequín que se quedaba, cuidado!...

—¡Ah! ¿ahora eres tú el virtuoso, el mirado, el comedido? exclamó el que se iba, en cuya fisonomía y voz se había verificado una mudanza extraordinaria.

—¡No, no! no soy virtuoso ni comedido... pero me asustan las consecuencias de lo que vas á hacer... Esa mujer es inocente, pura, irreprochable...

y expones su vida... Manuel, piénsalo bien!

El interpelado con el nombre de Manuel no respondió una palabra; saltó de la alta carroza, y fué con paso presuroso hacia un ángulo de la plaza poco alumbrado por la luz de los reverberos, y que, á pesar de la oscuridad, parecía querer penetrar con su ardorosa mirada.